



«La giga ó café danzante.»

ESCURSION A LOS BARRIOS POBRES DE LONDRES,

POR M. L. SIMONIN.

1862.

I.

La noche es el día del verano, según opinión de los peripatéticos, y fuerza es confesar que no carecen de razón. Esos filósofos no veían el sol en la estación de las chicharras más que al ponerse y al salir por Oriente: preferían tener sobre su cabeza mil veinte y dos soles, á tener uno solo; lo cual además de ser más rico es más fresco. Las doctrinas peripatéticas se han perdido tal vez para no reaparecer; pero la costumbre de trasnochar se ha conservado en las grandes capitales, y especialmente en Londres, donde una complaciente policía protege todas las opiniones que huyen del tumulto y de la luz.

En los climas meridionales el calor es franco y expansivo: pero hacia el Norte es cosa intolerable: así

como una opresión que rechaza el aliento hacia los pulmones, como cuando se presentan los labios á la boca de un horno. En Londres los días de verano están llenos de polvo, de estruendo, de rocío, de hollín y de sofocación; pero las noches por una especie de maravilla no participan de los vicios del día.

Las noches son iguales en casi todos los países: el pueblo duerme, y no se ven en las calles más que las casas mudas y silenciosas y los serenos vocingleros. Solo la capital de Inglaterra tiene una existencia nocturna aparte; espectáculo inconcebible que produce el efecto de un sueño de veinte leguas de circuito alumbrado por el gas.

Es muy posible que la inmensa mayoría de los indígenas ricos y acomodados no hayan observado jamás esta faz de su ciudad: generalmente nadie conoce menos un país que sus propios habitantes, pues

solo el curioso viajero investiga y aprovecha con afán todas las ocasiones de estudiar las costumbres y de admirar singularidades que se escapan á las naturales.

Nadie ignora que Londres es la ciudad de los contrastes: que allí se encuentran los ejemplares más opuestos, opulencia y miseria, hartura y hambre, civilización y barbarie, ciencia é ignorancia: la mejor policía de Europa y los más astutos y cínicos bribones del universo. El lado bueno y brillante es por demás conocido: cuantos han estado en Londres han podido admirarlo, porque se exhibe por sí mismo á la luz más ó menos clara del día y en las primeras horas de la noche; pero del reverso de la medalla solo se tiene noticia generalmente por relaciones no siempre hechas con gran exactitud, y muchas veces debidas á la imaginación más bien que á la observación concienzuda del escritor.

En primer lugar es de advertir que no hay otra ciudad en el mundo comparable á Londres por la seguridad de sus noches. Todas las calles están iluminadas con tanta esplendor como las galerías de un palacio; y caminando entre torrentes de luz, se pierde la imaginación al calcular los millones invertidos en fundar y conservar el prodigioso trabajo subterráneo de arterias y venas que al apagarse la luz natural hacen renacer un nuevo día en la inmensa ciudad. Verdaderamente, en un país donde solo se conoce al sol de oídas, y donde la luna y las estrellas son auxiliares inútiles, no es extraño que se haya pensado en multiplicar esas miríadas de astros ficticios para probar á la naturaleza que es posible falsificar sus obras, sobre todo á una nación que se llama Inglaterra, que tiene entre sus manos minas de aceite. Quiera Dios que esas minas no lleguen á agotarse, pues Albion se apagaría como una lámpara.

El extranjero que ha oído hablar muchas veces de los ladrones de Londres, tiene por cuento todo lo que á este propósito se le ha referido. No es posible pasar de una acera á otra sin tropezar con un alguacil: un ejército de polizontes se esparce por todas partes y guarda la ciudad en detall.

Estos *policemen* son graves, silenciosos, inofensivos, y melancólicamente observadores, concediendo la más admirable tolerancia á los peripatéticos de ambos sexos. A diferencia de lo que acontece en París, jamás os preguntan: «¿A dónde vais?» porque podríais responderles, «Me paseo:» y la Constitución no prohíbe á nadie preferir la luna al sol. Pero si el nocturno paseante perturbare de cualquier manera el reposo de la mayoría diurna que tiene por más conveniente dormir, el *policemen* conduciría á la cárcel al peripatético; lo cual es perfectamente justo en un país constitucional donde la mayoría tiene siempre razón, aun cuando yerra.

En Londres el pueblo que duerme se acuesta hacia las dos de la madrugada; el que no duerme no se acuesta hasta que sale el sol... ó una cosa que se parece al sol. Hasta las dos, pues, funcionan los teatros, ruedan los coches, el pueblo bebe *ginger-beer* (por cierto muy malo) y come langostas, la gente joven fuma en los divanes y las ramilleteras ofrecen sus mercancías á los paseantes que padecen insomnio. La más estúpida prostitución, la prostitución del Bajo Imperio, regimentada por centurias, marcha como una sola mujer; mezclando el raso con el paño burdo, el sombrero de flores con el encaje rancio, desde el serrallo deslumbrador de Drury-Lane hasta el sombrío y pedregoso astillero de Charing-Cross; la prostitución enlaza con sus cien mil brazos toda la nueva Londres, la Londres de columnas pintadas, de peristilos de cartón, palacios de barro y templos pintados al óleo y al barniz; se arrastra como un mundo enloquecido de mujeres ebrias ante esa arquitectura magistralmente mezquina que nada conmueve y que tiene ventanas para no ver nada. En esos edificios habitan los más nobles filántropos que trabajan en la regeneración del mundo en hacer brillar la moral, en devolver su culto á la virtud, al hombre su dignidad, á la mujer su pudor; que envían misioneros protestantes y Biblias á los antropófagos de Borneo y de Van-Diemen, á los paganos de Otahiti y de las islas de Sandwich; que preparan la zanja para colocar la primera piedra de una *casa de conversión* en la cual se han de convertir en Magdalenas ochenta mil Aspicias errantes, por gracia de Lutero y de Calvino; filántropos de larga vista, que sueñan con el perfeccionamiento de las costumbres polares, y no advierten la corrupción que mancha el dintel de sus puertas; que diseñan el campo de la moral en los límites de la tierra, y dejan á la pobre niña mendigar una injuria antes de su pubertad bajo el peristilo del *Cuadrante*, ese gracioso broche que enlaza todas las inmundicias de los dos *Regent street*.

A las dos de la madrugada cambia la escena: la gente que queda en las calles y plazas no parece de este mundo; una especie de lepra viviente se desliza á lo largo de las aceras; seres sin nombre, sin sexo, sin voz, sin formas, vagan al azar, á manera de sombras que esperan un óbolo para pasar al otro lado del río. Allí se asiste á extraños festines, preparados en las bifurcaciones sobre mesas temblorosas que hacen bambolear las velas y los asquerosos platos de metal. Otros seres, hombres al parecer, pasan por delante de esas mesas y compran, con imperceptibles monedas de cobre, enormes caracoles crudos y restos de animales antidiluvianos. Testigos mudos de estas escenas sin ruido, son largas filas de opulentos palacios; y el gas hace resaltar su irónico lujo. ¡Qué cuadro!

El *policemen* se pasea, y viendo que todo está en orden, deja en paz á los fantasmas.

Una procesion de almas en pena desfila silenciosamente por las aceras que bajan hácia *Carlton-House*. Las puertas del parque Saint James les abren el Eliseo de Londres; y á lo largo de las alamedas, debajo de los árboles, sobre los bancos del parque real, aparecen masas confusas de harapos flotantes sobre esqueletos, sombreros de paja podrida adornados con

crespones que datan del luto de Guillermo, faldas andrajosas, caras monstruosas con ojos sin mirada, montones de trapos enlazados por las manos.

La alegre y tranquila luz del hidrógeno alumbrá todo esto, y ni una voz, ni un grito, ni un ¡ay! se deja oír en aquellos sitios: los que velan respetan el sueño de los palacios de *Carlton-Terrace*: es un paseo en pantomima, donde la licencia es grave y no rie de sí misma; es una conversacion melancólica,



Entierro de una jóven asesinada.

una travesura seria, que espone su inocencia ante el *policemen*, y no toma de sus placeres ó de sus penas mas que aquello que le permiten las leyes del pais.

Las mismas escenas se representan ante el nuevo palacio de *Saint-James*, triste y desierto como una ruina de Egipto; ante el Arco de triunfo, que se aplasta pesadamente sobre la tierra, no teniendo cosa alguna que elevar hácia el cielo, y tambien ante la venerable abadía de Westminster. El cementerio mismo se ve invadido: sombras disolutas divagan sobre las lápidas de las sepulturas é insultan la magestad de las dos cámaras y de las reinas enterradas en los sepulcros vecinos. La abadía eleva sus dos torres

como dos brazos que piden venganza al cielo; pero el cielo no escucha al monumento apóstata: es necesario que se consumen los sacrilegios; por ventura ¿queda en aquel lugar algo de santo desde el papado real de Enrique VIII? A falta de un cielo vengador hay allí un centinela á quien no se le ha dado por consigna la represion de los sacrilegios, al eterno *policemen* cuya mision está circunscrita á proteger el sueño de los vivos, sin inquietarse por el sueño de los muertos.

Estos cuadros, tanto mas estraños y fantásticos, cuanto que están alumbrados por torrentes de clarísima luz, toman un aspecto diferente, aunque siempre



Las pobres abandonadas.

sujetos á las mismas leyes que el carácter y la costumbre les ha impreso en los barrios mas escéntricos, los cuales merecen un estudio mas detallado, para el

que nos valdremos de la interesante relacion de Mr. L. Simonin, que hizo su escursion en los barrios pobres de Londres en 1862.

II.

Mi amigo M. D. B. y yo, dice Mr. Simonin, resolvimos hacer una escursion por los barrios pobres de Lóndres.

Los sombríos reductos de White-Chapel, de Wapping y de Crist Church, son mas desconocidos á los mismos vecinos de Lóndres que el harem de Constantinopla. En estos tristes rincones es donde hormiguan todos los desheredados de la fortuna, todas las gentes sin casa ni hogar que han conducido á ellos el vicio y la miseria.

Allí se encuentran mezclados con la turba de desgraciados esos ladrones, esos famosos *pick-pockets*, que saben burlar á la policia inglesa, la mas astuta del universo. Allí se corrompe una descolorida juventud, muchachos y muchachas sin parientes conocidos, nacidos al parecer como los hongos, y prematuramente envejecidos por el envilecimiento moral, por el abandono y por el hambre.

La situacion de estos barrios clásicos de la miseria, á los cuales debe añadirse el de Saint Georges East, los aisla, por decirlo así, dentro de la misma Lóndres. Están al extremo del Este de la gran metrópoli; les sirve de límite por el lado del Sur el Támesis, ó si se quiere, la torre de Lóndres, el puerto y los Docks, y por Oeste el centro turbulento de los negocios llamado la City.

Ya lo dijimos en el primer artículo: Lóndres es la ciudad de los contrastes. Con razon se ha dicho que en la capital de los tres reinos no hay mas que ricos y pobres; y al lado de la City, hácia los puntos donde afluyen todos los tesoros del mundo, en la vecindad de la Aduana, de la Banca, de la Fábrica de Moneda, de los Docks, es donde se encuentran los barrios mas infelices de la inmensa ciudad.

Hácia el Este y Norte no están bien marcados los límites de esos barrios, terminan donde termina la miseria. Al Norte especialmente se prolonga la miseria, y puede decirse que Bethnal Green es la triste continuacion de White-Chapel.

Se nos habia dicho que no es prudente engolfarse sin precaucion en esos barrios estraviados, que raramente visitan gentes honradas, y aventúranse á la ligera, aun de día, en aquellos laberintos sin salida, únicamente conocidos de sus habitantes, y de los cuales solo acertaríamos á salir desnudos. Creimos, pues, prudente estudiar otro barrio que fuese como la miniatura de White-Chapel, antes de engolfarnos en este, y una mañana, soños y fiando en la fortuna, nos dirigimos al barrio de Seven Dials, especie de mancha en el centro de Lóndres, como un gran borron de tinta en medio de un pliego de papel satinado. Si Seven Dials no está exactamente enclavado en

los barrios aristocráticos, dista diez pasos de Regent Street y de Piccadilly, dos centros del mundo elegante y de la *fashion*.

Seven Dials es propiamente el nombre que se da á una plazuela casi circular en la cual desembocan siete calles convergentes (*seven dials ó siete cuadrantes*), de donde toma el nombre. Si penetrais en cualquiera de estas calles, os convencereis de que está exactamente tomado del natural el chistoso retrato de Seven Dials, trazado por Cárlos Dickens, bajo el pseudónimo de Boz, el mas agudo de los observadores del Reino Unido.

¡Qué barrio tan sucio en esas inmundas calles! ¡Qué montones de basura! ¡Qué tiendas tan miserables, donde una multitud de cosas viejas recogidas no se sabe dónde, reunidas no se sabe cómo, se esponen para una venta imaginaria! Pingajos asquerosos y multicolores; pedazos de hierro comidos por el moho, huesos medio podridos; vestidos y calzados de época antdiluviana. De aquellos tabucos innobles se exhala un hedor nauseabundo. Despues vienen tabernas infectas, de donde salen asi como exhalaciones de *gin* y de *brandy* que atacan la garganta; tabernas en las cuales, por la puerta entreabierta se observa en las paredes y bancos una espesa capa de grasa negruzca y reluciente, que han ido depositando allí los parroquianos.

Esta liga de nueva especie se ha adherido de tal modo al yeso y á la madera, que no forma mas que un solo cuerpo con uno y otra. Junto á las tabernas están los bodegones al aire libre, donde esperan á la parroquia cotidiana, frituras sin nombre y pedazos de carne sin iguales. Esparcidos entre todo esto se ven zaguanes ó pasadizos largos y estrechos, sombríos y misteriosos, escaleras que á veces empiezan en la misma calle, y cuyas gradas nunca visitadas por la escoba, están desgastadas, corcobadas, frecuentemente incompletas, verdaderas trampas para los que no conocen aquellos pasos peligrosos. De las ventanas cuelgan girones de todas clases, ó bien alguna pieza de ropa blanca lavada, secándose al aire sobre un cordel. Aquellos impuros pingajos han perdido de tal manera sus primitivos colores, que la legía produce en ellos el singular efecto de hacerlos parecer aun mas sórdidos.

Pero ¿dónde están los habitantes de este barrio de desarrapados, de esa nueva córte de los milagros? Están durmiendo. A escepcion de algunos industriales que se ven á las puertas de sus tiendas, de alguno que otro pasante que nos observa conociendo que no somos del barrio, aquellos sitios están desiertos y silenciosos, lo cual es tanto mas de admirar, cuanto que allí cerca está el mercado de Covent-Garden, uno de los mas animados de Lóndres. Algunas casas parecen tapiadas y hasta hay tiendas cerradas.

Hice notar esta singularidad á mi compañero, cuando oí una voz que decia:—Caballero; si venís desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada, vereis gente en este barrio. Aquí es costumbre trabajar de noche y dormir de día.

Volví la cabeza y oí á una vieja á la puerta de una casa. Me habia oido y creyó sin duda muy natural mezclarse familiarmente en la conversacion. Iba á dirigirla algunas preguntas, cuando de pronto echó á correr hácia adentro y desapareció en las revueltas del pasadizo. Tal vez no tendria la conciencia muy tranquila y creyó prudente esquivar toda investigacion.

De todas suertes, estábamos ya advertidos, que por la noche era cuando debíamos visitar aquella guarida del robo y de la miseria, como quien va á un concierto ó al teatro, y convenimos en hacer una grande escursion al dia siguiente.

White-Chapel es el punto mas curioso, pintoresco y digno de explorarse, aunque no son de desdeñar Seven-Dials, de que ya he hablado; Saint-Gilles, donde languidecen cincuenta mil irlandeses, y Bethnal-Green el barrio de los tejedores. Decidímonos, pues, por White-Chapel y sus alrededores, é inmediatamente nos dirigimos á la estacion de policia del barrio, situada en Leman-street, á pedir al inspector Mr. Price permiso para visitar las curiosidades de su distrito.

Mr. Price, rígido como buen inglés, nos preguntó ante todo nuestros nombres, posicion y circunstancias; y cuando se hubo penetrado del objeto de nuestra peregrinacion, nos dijo con la mayor amabilidad:

—Venid á buscarme mañana á las diez de la noche; yo mismo os lo enseñaré todo.

Y como preguntásemos en qué trages seria conveniente acudir á la cita, añadió:

—Podeis venir vestidos como de costumbre, y ni siquiera hay necesidad de que os dejéis en casa los relojes y bolsillos. Acompañados por mí y por mi gente nada os faltará; y en esos mismos sitios, donde aun de día seriais despojados, nadie se atreverá á tocar ni un cabello de vuestras cabezas. Venid sin recelo: yo os mostraré en detalle los reductos de los ladrones y de las mujeres perdidas, sus tabernas, sus teatros, sus diversiones; las cárceles donde apilamos á los que se recogen de noche en las calles; los sitios donde duermen revueltos marineros, jornaleros, remeros y rateros; y en fin, los tabucos abandonados, donde los vagos y los pordioseros transidos de frio y muertos de hambre, encuentran abrigo por algunas horas y á veces su último reposo.

Salimos de la inspeccion, y antes de abandonar á White-Chapel, quisimos dar una ojeada á las canastas, poco apetitosas por cierto de la *calle de los Car-*

niceros, y á la *seria de los pingajos* que se celebra en Houndsditch.

La suerte nos favoreció mostrándonos lo que pocos viajeros habrán tenido ocasion de ver: la estraña poblacion del barrio. Se celebraba el entierro de una pobre muchacha asesinada en un acceso de celos por un marinero que luego se habia suicidado.

Este entierro habia puesto en conmocion á los habitantes de la plaza y calles de White-Chapel y de Leman, y todas las de las cercanías estaban cuajadas de gente.

¡Qué de cosas vimos! Sombreros negros sin fondo, casacas mugrientas, botas descosidas y desapareadas, mujeres amarillas y viejas con sombrerillos descoloridos, y vestidos de tartan sembrados de manchas y agujeros, niños medio cubiertos con viles harapos; y todos sin medias ni camisa; cabellos donde jamás ha penetrado el peine, barbas incultas, donde el polvo se ha ido depositando tranquilamente, y pajuelas é hilachas de algodón han formado como nidos de pájaros diminutos. Por todas partes se veia la carne humana asomando por la rotura de los vestidos, carne cubierta de piel ennegrecida y terrosa. La suciedad tiene su valor: la capa de porquería, obstruyendo los poros, hace la piel impermeable y contiene la traspiracion, por lo cual el individuo experimenta menos pérdidas, y puede economizar algo del pan cotidiano, que no todos los días le llega con exactitud.

¿Quién es capaz de describir tanta degradacion y miseria que en aquel dia memorable vimos desfilar ante nosotros, en aquella muchedumbre abigarrada que asistia curiosa é inquieta al entierro de una muchacha de mala vida inmollada por su amante? ¿Quién, no viéndolo, puede concebir aquella procesion de rostros macilentos, descoloridos, foscos y feroces? Ni la enumeracion que hace Homero de sus guerreros griegos, puede compararse en longitud á la que podria hacerse de los habitantes de White-Chapel: jamás ha diseñado el lápiz de Callot infelices criaturas tan desarrapadas como las nuestras.

III.

Al dia siguiente y hora convenida estábamos en la estacion de policia de Leman street, donde nos esperaba el inspector Price, con dos agentes vestidos de paisano y uno con el uniforme oficial compuesto de sombrero de hule, casaca negra con botones plateados, pantalon negro, y dentro de la manga el baston sacramental, el *staff*, que caracteriza al *policeman*. Además cada uno de estos señores estaba provisto de una de esas linternas sordas que fácilmente se ocultan; precioso aparato sin el cual nunca anda de noche por Lóndres el constable.

Nosotros éramos cuatro, y unidos á Mr. Price y